

Había sido un día largo, interminable, uno de esos que parecen robarle hasta la sombra a la gente. Clara salió de la oficina con los hombros hundidos, como si cargara a cuestas todo el peso de las reuniones en las que apenas había abierto la boca. Los números de la empresa no cuadraban, los beneficios caían en picado y cada junta se parecía más a un funeral que a una estrategia.

No tenía vacaciones programadas, ni planes que la motivaran a seguir adelante. El trabajo ya no le ofrecía nada, ni siquiera un sentido de pertenencia. Era como estar atrapada en un engranaje oxidado, dando vueltas sin destino. A veces, mientras miraba la pantalla de su ordenador, se sorprendía pensando en qué pasaría si simplemente no volviera, si desapareciera del todo. Nadie parecía notar su presencia más allá de las tareas que cumplía con mecánica obediencia.

El aire de la calle estaba cargado de humo y ruido. Caminaba sin prisa pero con la mirada perdida, repasando mentalmente la lista de correos que había dejado sin contestar. En otra época habría sentido culpa, ahora solo cansancio.

Al bajar la calle, su bolso vibró. El teléfono iluminó la pantalla con un nombre que conocía demasiado bien. Lo dejó sonar hasta que se apagó. Otra llamada perdida. No quería escuchar reproches ni preguntas. Ni de su jefe, ni de su madre, ni de nadie. Unos segundos después, volvió a vibrar. Clara suspiró, detuvo el paso y miró el número sin descolgar. El zumbido se apagó y quedó flotando un silencio incómodo que solo rompía el tráfico. Guardó el móvil en el fondo del bolso como si así pudiera encerrar también sus pensamientos.

Se frotó las sienes. No recordaba la última vez que algo le había importado de verdad. El trabajo ya no era más que una rutina automática, y hasta las personas que la rodeaban parecían difuminarse en un ruido constante. Todo se había vuelto demasiado pesado.

El semáforo de la esquina parpadeaba en ámbar. Clara, sin pensarlo demasiado, aceleró el paso. No escuchó el ruido inmediato de un motor que venía demasiado rápido. Solo sintió el aire que se rompía de golpe, una luz blanca en el rabillo del ojo y después un impacto seco que la levantó del suelo.

El impacto llegó como un muro invisible. Primero, un golpe seco contra su costado que le arrancó el aire de los pulmones; después, la sensación de que su cuerpo ya no le pertenecía, de que flotaba unos segundos fuera de sí misma. Un dolor punzante le atravesó el hombro, otro le subió por las piernas como una descarga eléctrica.

El asfalto no fue menos cruel. El golpe contra el suelo le arrancó un grito ahogado que nunca llegó a salir del todo. La piel le ardía por el roce, el pecho le dolía con cada intento de respirar. El mundo alrededor parecía girar, como si la ciudad entera se hubiera doblado en círculos borrosos de luces y ruido.

Una figura se acercó corriendo, borrosa entre el dolor y la confusión. Clara intentó mover los labios, pero apenas consiguió un susurro. Su última sensación antes de que la oscuridad la envolviera fue la de una mano cálida, firme, que la sostenía para que no se hundiera del todo en aquel vacío.

Pero, finalmente, la oscuridad lo envolvió todo.

¿Cómo será esa oscuridad?. Clara lo estaba descubriendo en primera persona. Aunque sin ella saberlo ya la había envuelto hacía tiempo. La única diferencia era que ahora dolía.

Cuando comenzó a traer al presente problemas del futuro, esa oscuridad comenzó a abrirse paso en su vida.

Cuando ponía excusas por no haber llamado a su madre, agrandaba esa oscuridad.

Cuando anteponía el trabajo a su propia vida, la oscuridad la envolvía aún más.

Cuando las rutinas dirigían su día a día, más oscuridad.

Clara no sabía que el viaje que comenzaba era un viaje a un lugar donde existe el todo y la nada. Allí no hay respuestas que dar, obligaciones que cumplir o sentimientos que ocultar. La única esperanza era ,que muchas personas habían vuelto, aunque otras muchas no.

El tiempo en estos casos es efímero, ¿Cuánto tiempo es mucho para una persona que está en esa situación?. ¿Es poco?, ¿es mucho?. ¿Quién lo sabe?, ¿Quién mide el tiempo en aquel lugar?.

El tiempo, ese ser misterioso que ha dominado la vida de Clara, en ese momento no pintaba nada. Y sin que ella se diese cuenta, era lo mejor que la había pasado hasta ahora.

Clara, la puntual, la exigente, la controladora, la que nada se escapaba a su control, a su planificación. Ahora era un muñeco en manos del caos. Ese caos que siempre había temido, ahora era lo único que la podía salvar.

Donde estaba esa niña que se enfadaba con su madre por llegar tarde al cole porque su hermana no entendía de normas ni de orden como ella. Odiaba a su hermana por ello. Y culpaba a su madre por todo. Llegar tarde se convirtió en un problema que no volvería a padecer en cuanto pudiera.

Lo que no sabía Clara, es que ese “cuando dependa de mí, nunca, nunca llegaré tarde”, se convertiría en el primer condicionante de su vida. Se convirtió en un mantra que contagió, como la peste, todos los propósitos y objetivos que se iba proponiendo y consiguiendo.

La autoexigencia la había llevado a este momento. Su afán por el control y las prisas. El destino la hizo parar, de una forma cruel pero necesaria.

Clara no vivía, ella sobrevivía. No tenía sueños de grandes viajes o aventuras que disfrutar. Sus parejas no la habían dejado huella. Solo fueron acompañantes durante momentos de su vida. Un noviete de su juventud, algún rollo de vez en cuando, y dos parejas formales que estaban muy lejos de terminar en el altar. A ser sinceros, la aportaron dosis de felicidad pero quedaba muy lejos aquello del amor verdadero.

Clara nunca ha pensado en un “felicis para siempre”, ni sacado su vena creativa a pasear. Ella es más de hechos prácticos. De la A a la B sin pasar por la C. Incluso, en cierta etapa, llegó a pensar que podía tener alguna enfermedad que la hacía inerte a los sentimientos. Se consideraba una persona fría y racional.

No atender llamadas como el día del atropello es algo habitual. Detesta hablar por teléfono. La parece impersonal. –Si necesitas algo, avísame, quedamos y hablamos- solía decir. Y no porque adorase las veladas acompañada. Ella ventila rápidamente cualquier conversación. Va al quit de la cuestión.

Así que es normal que en cuestiones de amor y amistad, no destacase. Eso sí, como trabajadora era una crack. Pero, ¿qué pasa cuando tu único motivo para vivir es el trabajo y pierdes todo el interés?

Pues es lo que la pasa a Clara desde hace unas semanas, o incluso meses, se podría decir. Algo la tiene desconcertada y ni ella misma sabe qué es. No es feliz ni tampoco infeliz. No es ella. El médico la habló de depresión pero se niega a tomar medicación. Sabe que lo que necesita es encontrar de nuevo el rumbo de su vida; el motivo por el que VIVIR.

Pero, ¿por dónde empezar? Quizá este punto de inflexión, tumbada en la cama del hospital, sea el mejor momento. Toca hacer las maletas y comenzar una nueva vida. No tiene sentido continuar así. Dejar el trabajo, cambiar de casa, incluso de número de teléfono.

Está decidida.

Pero antes de que pueda incorporarse, descubre a quién tiene a su lado. Esperando con ilusión su despertar. Y toda esta decisión desaparece como la niebla.

Solo ha sido su aroma lo que ha llegado a su sentido del olfato. El resto lo han hecho las ramificaciones nerviosas del nervio olfativo llevando el mensaje de ese aroma y transformándolo en un recuerdo que creía haber olvidado.

No podía abrir los ojos, pero ahora tampoco quería. Se sentía desnuda y expuesta a todo aquello que nunca debería haber sido apartado de su vida, como algo que no existió, que no pasó, que eran cosas de su imaginación. Pues lo que más escondes, es lo que saldrá a la luz cuando menos te lo esperas.

Como pueden se puede transmitir tanto con tan poco. Como un aroma fabrica en segundos una máquina del tiempo que te lleva lejos sin moverte del sitio. Clara ya no

estaba en esa habitación del hospital. Estaba muy lejos de la ciudad donde se convirtió en una persona más entre las miles de aquella urbe.

Donde estaba ahora mismo, todo el mundo sabía quien era, era Clara “La empollona”. En aquel colegio de monjas padeció todo aquello que había escondido en la más profundo de su mente. Y no se explicaba como ese aroma a incienso mezclado con una fragancia de jazmín, que se le grabó a fuego, estaba ahora allí, y en ese momento.

No se atrevía a abrir los ojos, pero no podía permitirse no abrirlos por aquellos recuerdos.

Comenzó haciendo un leve levantamiento de los párpados, dejando entrar la luz de la habitación, poco a poco, para que las imágenes que fueran apareciendo, no la hirieran todavía más que la propia luz.

Una sombra se acercó corriendo al lado de su cama, acariciando su frente con tanta ternura como la primera vez que la tuvo entre sus brazos. Repitiendo su nombre tantas veces como para fijarlo a la vida que a punto había estado a punto de perder.

Clara no podía moverse, ni articular palabra, estaba emocionada y rota de cariño hacía su madre pero no podía demostrárselo. Y a la vez en su cuerpo corría de los pies a la cabeza el deseo de que su madre se apartase para poder ver a la persona que estaba también allí. Su aroma era inconfundible.

Al apartarse su madre, allí estaba.

Una lágrima comenzó a formarse en uno de sus ojos, y a resbalar por su mejilla. Cuanto dijo esa lágrima, cuanto contó y cuanto provocó. Pero eso Clara, ahora, no lo sabía.

Nunca fueron las mejores hermanas. Siempre habían tenido personalidades muy distintas y no se mostraban un afecto más allá que el de la propia sangre que corre por sus venas. Pero sentir a su hermana allí, la revolvió el cuerpo. La quería, la necesitaba.

La última vez que la vio fue hace 2 años y la despedida no fue precisamente bonita. Hubo reproches, salidas de tono y palabras que jamás debieron ser pronunciadas, y todo porque se amaban pero nunca lo expresaban. Su hermana la confesó que dejaba su trabajo para cuidar de sus hijas porque su marido la había dicho que era lo mejor para la familia. Y eso ardió como un fuego descontrolado en el cuerpo de Clara.

Sabía cuánto había luchado su hermana por llegar al punto en el que estaba a nivel laboral. Cuánto la había costado sacarse sus títulos, las noches durmiendo con la luz encendida para que su hermana estudiara, las vacaciones pospuestas porque tocaban exámenes, los llantos por entrevistas fallidas... y todo, ¿para qué? Para que un hombre la dijese que se quedase en casa.

Merecía ser valorada.

Pero esa interpretación no llegó. Lo entendió como una intromisión en su vida. Un ataque más entre hermanas. Un golpe duro y donde más dolía.

Así, hace 2 años, se cerró una puerta y levantó un muro entre las hermanas. No volvieron a hablar. Y la bola se fue haciendo más y más grande según pasaban los días y las semanas. El odio se convertía en rencor y el rencor en vacío en el corazón.

Deseaba que su matrimonio se hubiera roto y darse así cuenta de que ese hombre no estaba hecho para ella. Deseaba que siguiesen juntos y cada día se arrepintiese de esa decisión. Deseaba que a su hermana le fuese mal. Deseaba que su hermana fuese feliz.

Clara se repetía a sí misma que lo único que las unía era la sangre. Y así se lo perjuraba a toda la gente a su alrededor. Pero esta visita en el hospital...

Había vuelto y cuando más la necesitaba.

No tuvo que articular palabra, aquella lágrima lo dijo todo. Su hermana estaba allí, todo lo demás sobraba. Poco a poco se fue encontrando con todo lo que se había perdido todos estos años atrás. Aquella cama de hospital se convirtió en un improvisado telón, por donde aparecían y desaparecían los recuerdos.

En ningún momento hubo reproches, y eso Clara lo agradecía muchísimo. Sabía que no había obrado bien, que apartó de su vida todo aquello que la estorbaba para progresar en su vida laboral. Sin darse cuenta de que hay más vidas a nuestro alrededor.

Se acordaba de cuando su padre la decía; “Cuando nacemos hija mía, la mesa en la que nos sentamos está llena de gente, y a medida que crecemos hay sillas que se quedan vacías. Pero no debemos mirar solo a los huecos vacíos, fijémonos en las personas que siguen sentadas en esa mesa, nos necesitan y nosotros a ellos”.

¿Por qué?, ¿por qué su padre se levantó tan pronto de la mesa?.

Otra vez el mismo reproche, no, no podía dejar que la dominara de nuevo. Ahora estaba feliz, a pesar de las lesiones que la había dejado el accidente. Ahora, se proponía empezar a ser la persona que quisiera ser, no la que otros querían que fuese. Pero tenía miedo.

Los días posteriores a la salida del hospital, decidió pasarlos en casa de su madre. Su hermana también se instaló allí. Parecía que había retrocedido a su infancia. En casa con su madre y su hermana, aunque faltaba su padre.

Una noche decidieron ver una película. Juntas en el sofá las tres, disfrutando de unas palomitas cuyo olor embriagaba el ambiente. El cuenco caliente reposaba en sus piernas. Era un momento perfecto. Hacía mucho que no sentía tanta tranquilidad y felicidad.

Pero tanta felicidad era algo que no podía durar.

Sonó el teléfono y rápidamente su hermana corrió en su búsqueda.

- Hola, estamos viendo una película- no se escuchaba nada de la otra parte de la llamada por mucho que Clara lo intentaba- ... no... bueno... sí, pensaba volver pronto pero como no tenía nada pendiente pues creía que no habría problema. Ya

te dije que iba a estar aquí. –Era fácil interpretar quién estaba al otro lado del teléfono- Lo siento, perdona. Yo no quería... ¿necesitas que vaya ahora?... No te enfades, por favor.

La madre de Clara sujetada su mano, sabía que estaba muy tensa y en cualquier momento podría saltar. Ella siempre se caracterizaba por evitar las discusiones y tener un carácter templado. Pero conocía cómo era Clara. Aunque fuera madre e hija, su personalidad era completamente distinta.

No pudo evitarlo. Se levantó, la quitó el teléfono de las manos y colgó.

Las lágrimas en los ojos de su hermana cambiaron a una ira nada contenida. Gritos, empujones y rencores, una vez más. Pero al siguiente día, algo cambió. Su hermana entró cabizbaja en la habitación.

- Tienes razón pero no sé cómo salir de este agujero.

Un “ya te lo dije” apareció en su mente, pero la nueva Clara lo eliminó rápidamente. No podía ayudar con más dolor a calmar un nuevo dolor.

- Ven, yo te ayudaré a salir.

Su hermana se derrumbó en los brazos de Clara, en ese momento se sintió segura, querida y reconfortada. Las lágrimas que recorrían las mejillas de las tres eran una mezcla de rabia contenida, tristeza y tranquilidad. Y para su madre, de felicidad.

La escena de las dos hermanas abrazadas era contemplada por su madre como si de una aparición divina se tratase. Hacía mucho tiempo que no tenía que justificar a cada una de ellas lo que hacía o hablaba con la otra. Durante todo ese tiempo aquella situación la partía el corazón, pero eran sus hijas y tenía que hacer lo que fuese por no perderlas.

Lo que su madre no sabía, era que, con su esfuerzo hizo que siempre hubiera un hilo de esperanza para esa reconciliación que estaba sucediendo ante sus ojos. A partir de ahora ya no tendría que justificarse más.

Siempre había creído que las cosas pasan por algo, y que si algo tiene que pasar, pasará. Hace muchos años que descubrió aquella palabra árabe, “Maktub”, que significa que “aquello que tiene que ocurrir, logrará la manera de que así sea”. Y la adoptó como un mantra.

El problema de su hija con el marido estaba en un segundo plano para ella. Después de lo que estaba viendo sabía que se solucionaría.

Clara sentía que su hermana no quería despegarse de ella, comprendía que en el momento que se separara comenzaría un camino lleno de incertidumbre. Y eso la daba mucho miedo. Pero tenía una cosa muy clara, ella estaría allí, al lado de su hermana.

El sonido del teléfono rompió aquel maravilloso instante.

Su hermana miraba el teléfono con miedo, no se decidía a cogerlo. Clara, al ver el miedo en los ojos de su hermana, actuó. Cogió el teléfono y descolgó.

- Dime.
- Que vuelva ya a casa o vamos a tener problemas.
- Problemas, los que tiene contigo.

No hubo más palabras. La llamada terminó. Colgó.

Clara no tenía experiencia como pareja más de 2 años, pero sabía que había límites que no debían saltarse nunca. El silencio se hizo más denso que antes de la llamada. Su hermana, aún temblorosa, la miraba con ojos húmedos.

- ¿Qué te ha dicho? -preguntó en un susurro, como si temiera que la respuesta materializara una amenaza aún mayor.

Clara inspiró hondo. Sabía que no podía suavizarlo, que su hermana necesitaba oír la verdad.

- Que vuelvas a casa... o habrá problemas.

La otra bajó la mirada, estrujando entre sus manos el dobladillo de la camiseta. Clara pudo ver el rastro de un moretón mal disimulado en su brazo.

- No puedo volver - dijo ella, casi inaudible-. Esta vez no.

Clara sintió cómo le ardía la sangre. En aquel instante supo que la llamada no era solo una advertencia: era el último aviso antes de que algo peor sucediera. Y también entendió que, por primera vez, tendrían que enfrentarse juntas a ese peligro.

- Entonces no volverás - respondió Clara con firmeza-. Esta vez no estarás sola.

El teléfono vibró de nuevo sobre la mesa. Ambas lo miraron. La pantalla iluminaba un nombre que ya no podían ignorar.

Clara dejó que el teléfono vibrara hasta que se detuvo. El zumbido resonó en la mesa como un reloj que marcaba la cuenta atrás de algo inevitable.

Su hermana, todavía pálida, rompió el silencio:

—No va a parar. Sabes cómo es. Cuando quiere algo... lo consigue.

Clara la tomó de la mano, apretándola con fuerza.

—Esta vez no.

Volvió a sonar el teléfono. Ahora con insistencia. La pantalla parpadeaba con un nombre que ambas conocían demasiado bien. Clara lo miró fijamente, y en lugar de contestar, apagó el aparato. Su hermana abrió los ojos sorprendida.

- ¿Estás loca? Eso solo lo va a enfurecer más.

- Exacto -dijo Clara, levantándose-. Y mientras él pierde la cabeza, nosotras ganamos tiempo.

Fue hacia la puerta y echó el cerrojo. Después, se giró hacia ella.

- Dime la verdad. ¿Hasta dónde ha llegado?

Su madre lloraba pero no decía ninguna palabra. Su hermana tragó saliva, las palabras atrapadas en su garganta. Finalmente levantó el brazo y se subió la manga. No eran uno ni dos: los moretones recorrían su piel como un mapa de tormentas pasadas. Clara sintió un nudo en el estómago y, al mismo tiempo, una furia fría que le dio claridad.

- Entonces ya no es una amenaza. Es una guerra - dijo con voz baja, firme-. Y créeme, no voy a dejar que la pierdas.

En ese preciso instante, alguien golpeó la puerta. Tres veces. Secas, fuertes.

El tiempo pareció detenerse, un escalofrío recorrió el cuerpo de las tres, las lágrimas se congelaron y en toda la casa pareció que la luz hubiera dejado paso a una oscuridad que lo envolvía todo.

- Vecina, abre, por favor, ayúdame.

Era Tomas, vecino de toda la vida. Una persona buena donde las haya, él junto a su mujer habían trabajado toda su vida como conserjes del colegio. Pero desde hace unos años su mujer estaba sufriendo Alzheimer, y últimamente necesitaba ayuda para todo.

Clara, su hermana y su madre tardaron unos segundos en procesar el momento, en su mente quien estaba llamando no era Tomas.

- Espera Tomas – dijo Clara, siendo la primera en reaccionar.

Levanto a su hermana del suelo, cogió a su madre y las tres fueron corriendo hacia la puerta. Tomas y su mujer eran como de la familia. Y si aporreaba así la puerta era porque necesitaba ayuda de verdad.

- ¿Qué ocurre Tomas? – preguntó su madre, aun con el susto en el cuerpo.
- Es María – contestó entre lágrimas – la estaba acostando y se me ha caído, y no puedo con ella, no puedo Esther, no puedo.

El rostro desencajado de Tomas esfumo los fantasmas que ocupaban su mente, todo se transformó en compasión y prisa por ayudar a sus vecinos.

- No te preocupes Tomas, nosotras te ayudaremos – le decía Clara, mientras le cogía del brazo y se dirigían a toda prisa a su casa.

Cuando entraron en la habitación, se encontraron a María en el suelo, al lado de la cama. Corrieron a levantarla entre las tres, María era una mujer de 80 años, de mediana estatura, pero con algunos kilos de más. Para las tres fue relativamente fácil meterla en la cama. Pero Tomas no tenía la fuerza de hace años y estaba pagando el esfuerzo de dedicar su vida a la persona que lo era todo para él.



- Ojalá tuviese diez años menos, mi vida – sollozaba acariciando la cabeza su mujer con una delicadeza sin dejar de mirarla.

Clara observaba la escena, veía una mujer con la mirada en el techo, sin mostrar el más mínimo gesto por las muestras de amor que estaba recibiendo. Y aún así, Tomas seguía pidiendo perdón por lo que había pasado. Eso la hizo tener muy claro que es lo que tenía que hacer.

Todos debemos tener la oportunidad de encontrar a la persona que nos quiera como Tomas. Y lo demás es puro teatro.

Salió de la casa de Tomas, mientras su hermana y su madre se quedaban a tranquilizarlo. En su vida había tenido las cosas tan claras como en aquel momento.

Se dirigió hacía el teléfono, esa cosa que desde hace mucho tiempo la tenía esclavizada, ahora la miraba con una determinación que nunca había tenido. Ahora era ella quien decidía sobre aquel artilugio, lo cogió y marco con rabia.

Se acercó el teléfono al oído, sonaron unos tonos hasta que una voz le contestó al otro lado de la línea.

- 016, ¿en qué puedo ayudarle?